

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8233

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Cauvartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Martes 16 de Abril de 1889

## MORALEJA

Porque á su suegra Doña Monserrate se le pegaba siempre el chocolate, el cuidado Ginés, al ba al infierno. Su miserable condición, de yerno, compadecido de su mal le dije: En vano Vd. se aflice. Compre Vd. chocolate de Valencia y verá como cesa su quebranto. En efecto: a otro día, Fué á buscarme Ginés deshecho en llanto y así con efusión me repitió: Usted es mi providencia, soy dichoso; A Doña Monserrate que antes no le gustaba el chocolate le ha parecido hoy el de Valencia Cosa exquisita. Que ella misma se ha hecho una tacita cuidando con esmero y diligencia. Que no salga pegado. Por eso digo, Vd. es mi providencia. Usted joh D. Benigno! me ha salvado.

Las pastillas de estos ricos chocolates desde el precio de 4 reales en adelante contienen una tarjeta con el retrato del insigne marino D. Isaac Peral, exijase pues al comprar dicha marca.

Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risueño. Caridad 3 Cartagena.

## LA UNIÓN Y FÉNIX ESPAÑOL



### COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Empañada en Madrid, calle Olózaga 1, (paseo Recoletos).

#### GARANTIAS

Capital.	12.000.000 pesetas
Reservas.	8.188.878
Primas.	32.887.016
	53.075.893

Esta gran Compañía nacional, asegura á prima fija: contra incendios, los bienes muebles é inmuebles.

Sobre la vida, en todas sus combinaciones especialmente las de vida entera, Doble Rentas temporales de educación, Rentas vitales y Capitales diferidos, á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse á la Sra. Viuda de Soro y C. Subdirectores en Cartagena, plaza de los Caballos.

## GALILEO.

En 1543 vió la luz pública el inmortal libro del canónigo de Franenbourg, Nicolás Copérnico, alentado en sus estudios por el cardenal Schomburg, é impulsado á publicarlo por el Obispo de Culsu, Tiedman Gisius.

En 1616 la Congregación del Indice suspendió este libro hasta que fuera corregido y prohibió toda obra que defendiera el movimiento de la Tierra.

Dos años después, en 1633, cuando su autor había ya descubierto el movimiento de la Tierra, los cuales producían en el mundo científico la más grande agitación y la más viva controversia. De antemano eran enemigos de este gran hombre los sabios de oficio, sobre todo la Universidad de Pisa. Galileo era el más grande innovador de la ciencia, y la ciencia entonces era un dogma fundado por Aristóteles y Tolomeo. Los sabios eran sacerdotes guardadores de este inmutable dogma, cada universidad era un sínodo, y todas juntas el concilio infalible. Si algunas inteligencias despreocupadas y nobles

quedaban en el mundo, pertenecían en su mayor número al cuerpo oficial de la iglesia. Pero esta aristocracia refulgente no siempre gobernaba y dirigía los asuntos, no siempre disponía del destino de las cosas. Había en la iglesia una verdadera tropa combatiente de fanáticos, los Santacruz de aquellos tiempos que encontraban por provincias vascongadas á Europa entera. Todos los teólogos, todos los jesuitas, casi todos los frailes eran la oficialidad poderosa de aquel ejército sostenedor del fanatismo.

Galileo era muy sospechoso para aquella gente. Todo lo temían de él. Había vencido á la universidad en su primera campaña en el campo de la Física, de la Mecánica y de las Matemáticas. Como quien no tiene ya enemigos que vencer en la Tierra, saltó al cielo en busca de astros y leyes que someter al imperio de su inteligencia. No había imposibles para su genio; su anteojo astronómico le descubría lo oculto del firmamento. El revolucionario de la ciencia de la tierra, empezaba á serlo también en la ciencia del cielo. ¿Qué dejaría en pie? ¿Hasta dónde osaría llevar aquella revolución pavorosa? Esto debían preguntarse los espíritus apocados, que se sobresaltan de toda novedad y que en el progreso ven solo lo que se destruye y no lo que se edifica. Se había hecho una astronomía cristiana ajustando los textos sagrados al sistema de Tolomeo. Fácil ajuste, porque los textos sagrados hablan del firmamento y de la Tierra según estos grandiosos cuadros se presentan á nuestros ojos, y el sistema de Tolomeo no es más que la explicación de estos mismos cuadros traducidos al sistema y tecnicismo científicos. Falsedad grande en el campo de la ciencia; pero no así en el de la religión, porque en religión no hay más falsedades que las teológicas y las morales. En efecto, los dogmas del Dios creador y padre, del Dios hijo y redentor, de la vida futura y la resurrección; estos y todos los demás ¿qué padecen ó qué ganan ni con el sistema de Tolomeo ni con el de Copérnico? ¿Y la caridad cristiana, por ejemplo, no es predicable ni arraiga en los corazones, si no va acompañada de una novedad en astronomía? El fin de la Biblia es la salvación del hombre, y esta salvación ha de ser primaria á todo sistema científico, y no ha de depender de que Josué supiera que es la Tierra la que anda. Los caminos de la salvación no se cierran por la ignorancia de este movimiento. Si los libros de la Biblia fueran los de la enseñanza científica, serían merecidos los cargos fundados en ese pasaje y en otros.

Los primeros que falsearon el valor del segundo libro fueron teólogos, los sabios que se empeñaron en que este libro era un patron de consulta y una ley de vasallaje para toda ciencia. Ellos se empeñaron en tomar al pie de la letra las palabras del caudillo hebreo, y en darles valor científico. De qué se quejan, si ahora los libertadores hacen lo mismo?

Galileo tenía muchos mas enemigos que admiradores; pero nadie se atrevía á acometerle de frente por temor á la superioridad de su talento, y á aquel abismo profundo que podía en la defensa, con el cual no solo desacreditaba las falsas teorías sino que

mortificaba al adversario con su punzante ironía.

Sus enemigos les suscitaban dificultades y peligros. Lanzaron á la predicación en contra suya á un fraile fogoso, esperando que en la defensa cometiera alguna imprudencia. Inventaron que había sido castigado por sus herejías y sujeto á una solemnidad adjuración. Galileo obtuvo del cardenal Belar mismo una certificación justificativa de esta falsedad; pero con la certificación recibió la orden de no enseñar en modo alguno la doctrina del movimiento de la Tierra.

Mientras tanto Galileo no había hecho profesión pública de esta doctrina; pero en ocasiones, como en sus cartas á Hepler, manifestaba ingenuamente todas sus simpatías por ella, y aun anunciaba defenderla cuando reuniera todos los datos y pruebas que andaba buscando.

(Se continuará.)

PASCUAL M. MORENO.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

CABALLERO.

### Charada

Es un Dios prima primera,  
una fruta prima dos,  
signo musical tercera,  
y mi todo es un color.

## CRITICA LITERARIA

### FRUTA DEL TIEMPO.

Versos alegres del comandante de artillería D. Carlos Cano, precedidos de una carta de D. Manuel del Palacio.

VI

La idolatría de la tradición, es, Cano amigo, causa y raíz de la decadencia de los pueblos.

Las devociones, las leyes y las costumbres que brillaron siglos atrás vestidas con las galas de su época, quieren sus fanáticos que persistan hoy tal como fueron engendradas. La teocracia, pongo por caso, si contra su piadoso anhelo, no puede quemar vivos á los heterodoxos, paraliza, en cambio, por cientos de miles, con el desarrollo bárbaro y exclusivo de las memorias, las inteligencias de los niños, que por un error tradicional ponen las familias en sus manos; crimen sin nombre, cuyo verdugo es el latín, sus ayudantes el griego y el hebreo, y el resultado que la mayoría inmensa de los hombres que pasan por instruidos, no discurren, aunque así lo crean ellos, con sus atrofiados entendimientos, que acaso hubieran sido luminosos y fecundos, sino con lo que tegieron en sus memorias los profesores oscurantistas.

¡Bienaventurados aquellos que, niños aún, van á las academias especiales de Artillería, Ingenieros, Estado Mayor, ó Ingenieros Civiles, á recibir en sus inteligencias la sávia riquísima de la geometría analítica, de los cálculos y de la mecánica!

Síntesis, amigo mío: la gloria patria que dirige el Instituto Geográfico y Estadístico, nos la da, con la razón irrefutable de los números:

ESPAÑA.—Diez y siete millones de habitantes de los cuales, doce millones no conocen la cartilla.»

Siga, pues, la instrucción en iguales manos, ya que da tan óptimos frutos, y hagamos nuestra entrada triunfal en el siglo XX, con los versos de Calisto Hornero, con el que vel que, con las cartas de Marco Julio Cicerón y con las corridas de toros.

Si de la idolatría de las cosas pasamos á la de las personas, pienso y digo lo propio.

Nunca, en ningún tiempo, se ha escrito v. gr., en lengua española, en prosa, ni en verso, mejor que lo hicieron, en nuestros días, las glorias que ya dejaron de ser aquí abajo y se llaman Duque de Rivas, Quintana, Nicasio Gallego, Espronceda, Roberto Robert Becquer, Donoso Cortés, Antonio María Segovia, Selgas, Fernando Garrido, Bretón de los Herreros, Narciso Serra y Adelardo Ayala; ni tampoco que lo hacen hoy Manuel Tamayo, Federico Balart, Antonio Sánchez Pérez, Valera, Zorrilla, Nuñez de Arce, Manuel del Palacio, Pedro Moreno Rodríguez, Castro Serrano, Fernández Bremón, Pi y Margall, Benot, Cañete, Alarcón, Rortondo Alvarez Espino, Vidart, Mollado, Gastelar, Paj trocinio Biedma, Rosario Acuña... nombres que trazo por el orbe que surgen de mi memoria, sin conceder, por mi parte, á ninguno, méritos superiores á los demás, si no es dentro de la clasificación que me propongo hacer, amigo D. Carlos, después de advertirle que esos escritores y los que por ser breve no he citado, del mundo en que vivimos y del otro, son mis modelos, entre los cuales podría elegir los que constituyen la cima, en materia de idioma castellano, en el siglo XIX, cumbre tan elevada como las que constituyeron en otros siglos los más grandes maestros.

Esos escritores, todos meritisimos, en cualquier concepto, de las mayores alabanzas, brillan sin embargo con diversas irradiaciones en la finalidad, en la composición, ó en la forma literaria de sus obras; descuelgan por modo diverso en la idea, en la composición, ó en el estilo; en la trascendencia, en el movimiento, ó en el ropaje; en el dibujo, en el canevás, ó en el bordado; prestan en una palabra, más atención, estos, al pensamiento; aquellos, al sentimiento; los otros, en fin, á la expresión material de sus trabajos.

Los novelistas españoles de primera fila, son, sin duda, Don Pedro A. Alarcón, don Benito Pérez Galdós y D. Juan Valera. Pues bien, al juzgarlos, conforme yo puedo hacerlo en son de vulgo, en calidad de comprador y lector de «Doña Perfecta», de «Epitafio Jiménez» ó de «El Escándalo», considero á Pérez Galdós, el primero de los tres, tocante á la finalidad; el segundo, respecto al artificio; y el último en la forma literaria; al autor de «El sombrero de tres picos», el primero por la estructura, por la belleza; el segundo, como escritor; y el último, en la trascendencia del libro, y á Valera, el primero como estilista; el segundo como pensador, y el último en lo que atañe al desarrollo del argumento.

Aun en el «estilo», prescindiendo ahora del «tema» y del «contenido» de la obra, novela, drama, ó artículo, hay que considerar tres elementos diferentes, á saber:

correctión,  
amabilidad y  
dición.  
El primero muy correcto y muy amable, el segundo, en cambio, una dición pasada de moda, tradicional, llena de vocas, de frases y de giros anticuados; dición á la cual se ha rendido ferviente culto, hasta formar escuela, en Sevilla, por los admiradores del «divino» Herrera; escuela de Fernández Espino, de D. Juan José Bueno y de D. Alberto Liste; es-